

LAS LUMBRES DE SAN ANTÓN EN JAÉN. HIBRIDACIÓN CULTURAL Y CONTEXTO URBANO¹

JOSÉ LUIS ANTA FÉLEZ
Universidad de Jaén

RESUMEN:

En esta comunicación me planteo cómo una fiesta tradicional, como es la de San Antón, ha pasado de tener un contenido religioso, perteneciente al ciclo de invierno y en un contexto rural, a ser una manifestación de las relaciones sociales dentro de la ciudad y a plantearse como un elemento de hibridación cultural. En última instancia se intenta llegar a ver los sistemas rituales de forma global en contextos “no clásicos”, dentro del contexto urbano y en una sociedad post-tradicional.

SUMMARY:

In this communication I outline me as a traditional holiday, as is that of *San Antón*, they have gone from to have a religious content, included in the winter cycle and in a rural context, to be a manifestation of the social relationships within the city and be outlined as an element of hybridization cultural. In last instance is attempted to arrive to see the in a way global ritual systems in not-classic contexts, within urban context and in a society post-traditional.

I.

¿Será verdad que la ciudad no es un espacio interesante para estudiar las fiestas? ¿O acaso una idea demasiado cerrada de lo tradicional nos impide observar éstas en un marco no-tradicional? Resulta obvio que el regreso de los antropólogos al contexto urbano nos ha llevado a barrios periféricos, en puntos donde la marginación, por ejemplo, nos permite sentirnos más próximos a los grupos pequeños que se identifican con nuestro objeto de estudio, aquello que es “controlable”, donde el *holismo* parece que funciona como era de esperar. En definitiva,

1. Quiero expresar mi agradecimiento a aquéllos que me ayudaron a realizar este trabajo, dándome información o sugiriéndome elementos que yo no había tenido en cuenta: Elena Colmenarejo, Salvador Contreras, del Instituto de Estudios Giennenses, Jorge Ceja, de la Universidad de Guadalajara (México), la Familia Martínez-Jiménez, Ildefonso Rueda Jándula, Carmen Balguerías y Manuel Alcázar Molina.

hemos buscado en la ciudad al “Otro”, y una vez encontrado lo hemos hecho un objeto de estudio exótico. Pero no se trata sólo de eso, los problemas se multiplican cuando no encontramos los anclajes donde lo tradicional está diluido, las relaciones sociales son muy complejas y los procesos se dan de forma simultánea. Era lógico que con estos problemas los antropólogos, de forma general, hayamos obviado muchas fiestas y situaciones que tienen lo urbano como contexto. Y podemos observar que todo se complica cuando tenemos que entrecruzar nuestras observaciones de fiestas, que ya vemos como muy diluidas, con políticas de legitimación municipal, incluso nacional, con procesos de hibridación, con situaciones no-populares, economicismos, anti-fiestas, etc.

Con este panorama a la vista, la reacción de un buen número de amigos y compañeros cuando les conté mis pretensiones, intentando observar la fiesta de las lumbres de San Antón en la ciudad de Jaén, fue de sorpresa, en unos casos, mientras que otros me comentaban que no pasaba de ser una extravagancia. No voy a negar que se trata de una paradoja, tanto personal como profesional. Lo interesante de este tema radica en que cuando uno observa con detalle la fiesta de las lumbres de San Antón empieza a darse cuenta que tras la fiesta existen múltiples elementos que no se centran en la fiesta en cuanto tal; de hecho, en la ciudad de Jaén ésta ya ha perdido gran parte de su contenido tradicional, despojándose de muchos elementos religiosos, comunitarios y simbólicos más tradicionales, para tomar un nuevo lenguaje y un nuevo contexto, además de que la fiesta es otras cosas que hasta hace poco eran inimaginables: un lugar de encuentro donde se centra el conflicto entre diferentes instituciones, por un lado, un sistema de representaciones, por otro, a la vez que una manifestación de la política cultural de la ciudad.

¿Qué resultado tiene una fiesta que necesita de una organización burocrática, de grandes cantidades de dinero, de permisos legales, espacios definidos, de sistemas racionales no-populares, que tiene un componente de recaudación y que tiene tras de sí rencores y malentendidos? ¿Cómo se diseñan las políticas culturales y las ofertas de ocio en una ciudad post-tradicional, con miles de personas que no se conocen entre sí, que participan de forma diferente, donde hay que entablar una “lucha” con otras ofertas de ocio (TV, teatro, cine, radio, conciertos musicales, discotecas, bares, etc.)? ¿Quién rige los destinos de los ciudadanos en la ciudad de Jaén? ¿En qué punto se sitúan los niveles de identificación de los habitantes de la ciudad? Éstas y otras muchas preguntas se plantean, y en cierta medida también se contestan, cuando se observa la fiesta de las lumbres de San Antón en la ciudad de Jaén.

II.

Las lumbres de San Antón (noche del 16 de enero) es una fiesta popular de gran arraigo en la provincia de Jaén, perteneciente al ciclo de invierno, que se caracteriza por ser una versión “sofisticada” de la no menos popular fiesta en honor a San Antonio Abad (San Antón, popularmente, 17 de enero), que se celebra de forma generalizada en el resto del territorio del Estado español. En esta parte de Andalucía la fiesta se celebra de varias maneras, aparentemente diferentes: una es la lumbre del día 16 de enero que se hace en los cortijos y grandes fincas por parte de los trabajadores, con el ramón desprendido de la recogida de la aceituna. Otra, sacando el día 17 la imagen del Santo en procesión (tras la celebración de una misa), porque

es, o no, patrono del pueblo. A esta fiesta se le asocia, también la llamada “caridad”, consistente en el reparto de panes a la puerta de la iglesia; los “peloteros”, que son individuos disfrazados que sirven de contrapunto al Santo y juegan a ridiculizar a los asistentes, representando al “pecado” (nombre por el que también son conocidos); el lanzamiento de cohetes y disparos con armas de fuego; la rifa de un cerdo; atribuciones de curación a la Imagen del llamado “fuego o mal de San Antón”; enormes hogueras (que saltan los jóvenes) o/y, por el contrario, unas pequeñas citas en las puertas de cada casa; a veces se bailan fandangos, el melenchón y se recitan coplas, generalmente de carácter satírico y jocoso; y, por último se puede consumir algún producto de temporada y grandes cantidades de vino.

Todos estos elementos pueden estar presentes juntos en una única fiesta o, por el contrario, aparecer separadamente; lo importante es que las fiestas tienen una coincidencia temporal y de devoción hacia el Santo, donde las lumbres son quizás el elemento que más se repite en Jaén, aunque hay excepciones. Por el momento dejaremos de lado el tema de los orígenes de San Antón y su devoción, de forma general, y cómo, cuándo y dónde se le han ido incorporando sus diferentes elementos, y no porque no sea atractivo, sino porque ahora el interés es llegar a otro sitio. Aún así, podemos observar el discurso creado en torno a San Antón y su fiesta en un pueblo de Jaén, Arquillos, donde tienen a este Santo por Patrón. De esta manera podemos ver la fiesta tal cual, sin ningún otro elemento que la devoción al Santo; así, uno de mis informantes me decía:

“Al empezar la Guerra, por lo nervios propios del comienzo de la Guerra, cogieron a San Antón, al Patrón, la Imagen del Patrón, porque la Imagen actual es nueva, no es exactamente la que había antiguamente, la cogieron, la subieron arriba de la iglesia, la tiraron abajo a la plaza y la rompieron, el 18 de julio de 1936, la tiraron desde arriba, luego la cogieron y la llevaron a unos pozos mineros, a unos pozos mineros de cien metros de profundidad que hay entre Arquillos y Linares, los pozos de la mina La Española, así se llama, y allí arriba a San Antón, la Imagen, la tiraron abajo, al pozo. Terminó la Guerra y entonces a los mismos que habían tirado a San Antón les obligaron a meterse dentro y a sacarlo. A los mismos que lo tiraron los obligaron, la gente de Franco, como es natural, a que se metieran dentro, se metieron dentro y lo sacaron. Todo el cuerpo de la Imagen rota, pero la cabeza la ha tenido intacta, creo que es la que tiene todavía, restaurada y demás, pero es la misma que tiene cuando aquello de la Guerra que te he contado. La historia de San Antón también es muy bonita. La historia de San Antón es una peste que hubo, una epidemia de peste que hubo hace 200 años, en el siglo XIX, la famosa peste que entró por Marsella y sacudió a toda Europa. Y en Arquillos pues había una pequeña Imagen de San Antón, una Imagen pequeña, había una Imagen muy pequeñita en la iglesia, pero claro, el Patrón, ni era el Patrón San Antón, era la Inmaculada, era la que había implantado Carlos III, no había Patrón. Había una Imagen pequeñita de San Antón como me imagino que había unas Imágenes de San Juan y de San Pedro y demás. Entonces, a raíz de esta peste, los animales de los pueblos de alrededor se morían, básicamente se murieron todos, y sin embargo en Arquillos no murió ningún animal. San Antón era el Patrón de los animales. La gente del pueblo junto con el Ayuntamiento, con

el alcalde a la cabeza, entonces fueron a la iglesia y a la Imagen de San Antón con su marranillo, que todavía no era Patrón, le ofrecieron un voto de ayuno y abstinencia. El día 16 de enero ningún ciudadano, ningún hijo de Arquillos, come carne ese día, porque en aquella época el alcalde hizo un voto, una promesa, de que el pueblo de Arquillos no comiera carne la víspera de San Antón si San Antón hace que no muera ningún animal y no murió ningún animal en Arquillos”.

Podemos observar varios elementos entre los que se encuentra el vínculo comunitario, la humanización de lo natural, el acatamiento del orden, la creación de ciertas imágenes que caracterizan al vecino, al enemigo, al malvado, al ilegal, etc. En última instancia, se trata de un discurso que forma una realidad muy tradicional en la provincia de Jaén. La fiesta se entiende, pues, en la medida en que se centra en torno a San Antón, el cual tiene unas ciertas atribuciones: la primera, dar sentido a la especial relación gorcofilia existente entre el cerdo (porque, además, ha terminado por convertirse en un símbolo de los animales domésticos) y los hombres, en la medida en que se concentra un proceso antropocéntrico que pone en lugar común a todo lo que rodea a los hombres, entendiéndose en la relación que se mantiene con dichos elementos, en este caso el cerdo y su mediación, San Antón; y, la segunda, su capacidad de curar ciertas enfermedades, particularmente la peste, conocida, en principio, como el “fuego o mal de San Antón”, de ahí su especial relación con el fuego, elemento que se le incorpora una vez el patronazgo de San Antón está bien arraigado, siendo un elemento que se da fundamentalmente en el Sur de la Península Ibérica.

Como decía con anterioridad, la fiesta tiene en la provincia de Jaén un cierto arraigo, más si tenemos en cuenta que desde la generalización del olivar, en el siglo XIX, es una fiesta que permitía dar un respiro a las cuadrillas (tradicionales) de recogedores de aceituna, que ya llevaban desde la Inmaculada (8 de diciembre) en el campo y que, generalmente, aún tenían otro mes largo de trabajo. De esta manera, tanto la quema del ramón, como la necesidad de esparcimiento, parece normal, más si tenemos en cuenta que la fundamentación de la fiesta, en este caso, responde a un esquema muy espontáneo. De hecho, la quema del ramón durante la recogida de la aceituna impone ciertos elementos que son importantes para los recogedores de aceituna, donde se mezcla lo lúdico, lo sexual y la reestructuración social (la fiesta se realiza donde y como acuerdan el dueño del olivar y el *manijero* o jefe de la cuadrilla). No es muy infrecuente llegar a observar las fiestas de las hogueras de San Antón en la ciudad o en el interior del pueblo cargadas de los elementos que determinan la fiesta en las fincas olivereras. Hasta el punto de que seguramente se mueven bajo un mismo esquema conceptual, donde lo que ocurre en el campo sirve de modelo a los habitantes de la ciudad. En este sentido, la competición entre cuadrillas, la quema como símbolo de pertenencia o su utilización como elemento sintetizador de ciertos rituales relacionados con la edad y el género están presentes en ambas fiestas. En pueblos como Arjonilla es el Ayuntamiento el encargado de celebrar la lumbre la víspera de San Antón, aunque se encienden otras de menor tamaño en otros lugares del pueblo. El fuego sirve, en este caso, como elemento aglutinante y marcador del tiempo comunitario, señalando, junto con otras fiestas, el paso del tiempo y las estaciones. Se contrapone a este elemento pagano del fuego la bendición de los animales en la iglesia, aunándose ambos elementos cuando la gente pide también, por medio de arrojar objetos viejos al fuego, la intervención del Santo en la sanidad de los animales domésticos.

Por otro lado, se aprovecha la fiesta, como parece habitual, para realizar ciertas comidas y cantos saturando, en última instancia, todos los sentidos, haciendo de todo ello una manifestación comunitaria volcada a totalizar a los individuos. No faltan entre los cantos las canciones satíricas, donde las relaciones de vecindad se reordenan, proponiendo imágenes concretas de las relaciones sociales a varios niveles, que son conocidos en Jaén como *melenchón*, una forma muy característica de las lumbres de San Antón, muy parecido al *trovo* (lucha o disputa en forma de verso, que dos o más contendientes tienen entre sí), que ha perdido lo lírico para ganar en satírico. En cualquier caso, es un elemento festivo que reconduce ciertos discursos, proponiendo un orden social definido de antemano. Así, por ejemplo, el caso de esta copla de Arjonilla, donde se satiriza a las criadas de la familia Coello de Portugal, que, procedentes de Madrid, visitaron el pueblo por los años 20:

La criada de los Coello
la noche de San Antón,
ay chiviri, chiviri, chiviri
ay chiviri, chiviri, chon.
Por saltarse las candelas
se ha quemado el gorrión,
ay chiviri, chiviri, chiviri
ay chiviri, chiviri, chon.

La criada de los Coello
no sabe fregar un plato,
ay chiviri, chiviri, chiviri
ay chiviri, chiviri, chon.
Pero sí sabe limpiarle
a su novio los zapatos,
ay chiviri, chiviri, chiviri
ay chiviri, chiviri, chon.

O esta otra que se canta, aún hoy en día, en algún barrio de Jaén capital, donde se pone de manifiesto las relaciones entre hombres y mujeres y la construcción social de la sexualidad:

No me jodas en el suelo
como si fuera una perra,
que con esos cojonazos
me llenas el coño de tierra.
Morenita, ven aquí,
Morenita, ven acá.
No hay aliño,
ni fruta como el madroño,
y pa' cepillo de dientes,
como los pelos del coño.
Morenita, ven aquí,
Morenita, ven acá.

El que tiene una peseta
y no se la gasta en vino,
es como el que tiene novia
y no le toca el chumino.
Morenita, ven aquí,
Morenita, ven acá.
Si quieres dormir caliente
cásate con la churrera,
y estarás toda la noche,
Churro dentro, churro fuera.
Morenita, ven aquí,
Morenita, ven acá.

Las lumbres cumplían, además, una tercera función, la de poner a prueba ciertos elementos considerados como característicos de la juventud y que servían como ritual de paso entre la infancia y la pubertad. Así, pues, saltar por encima de la candela era una prueba que se planteaba como algo que requería de una cierta experiencia y conocimiento, el "arte" de saltar, y que no todos conocían, menos aún si no eran del pueblo. Todos estos elementos, mostrados hasta aquí de forma desglosada, tienen, además, un criterio festivo que impone, junto a la especial relación entre lo lúdico y lo sagrado, en un contexto social muy preciso (donde se da una constante paradoja entre el orden frente al caos), una cierta creación de identidades que

muestran ciertas formas de *alteridad*, separando un *nosotros* de un *otro*, ajeno, y exógeno de la comunidad.

III.-

Las lumbres de San Antón en la ciudad de Jaén tienen una larga tradición. La devoción a San Antón llegó a la ciudad en el siglo XIII, cuando ésta fue poblada por castellanos, tras la toma efectuada por Fernando III. Tenemos algunas noticias al respecto de su devoción a través de los estatutos de la antigua Catedral (1368), donde se determina que la fiesta de San Antón había de realizarse con la mayor de las solemnidades. Así, en el siglo XIV, la fiesta estaba perfectamente integrada en la vida de la ciudad, tal cual se desprende de un romance fronterizo:

Día es de San Antón
ese Santo señalado
cuando salen de Jaén
cuatrocientos fijosdalgos

En los “Hechos del Condestable (de Jaén) Don Miguel Lucas de Iranzo”, se nos relata, en la segunda mitad del siglo XV, la fiesta en honor al Santo:

“Para la fiesta de San Antón se llevaban a la iglesia mayor cuatro hachas de cera, las cuales ardían delante de su altar en la capilla de San Antón, en dos candeleros de madera a las vísperas de la vigilia e otro día de la fiesta a todas las horas”.

Es obvio que a finales del siglo XV la fiesta en honor a San Antón estaba plenamente integrada en la vida de la ciudad, hasta el punto de que a las afueras surgió una ermita en honor al Santo y una cofradía laica: *Los Ballesteros de San Antón*, donde se daba guarda y custodia a la ermita. En 1502 se crea una nueva cofradía, que fue la primera en afrontar el tema de las limosnas soltando un cerdo, el “marranico de San Antón”, que, una vez engordado por los vecinos, se subastaba. En 1613 ambas cofradías se fusionan, dando lugar a una fiesta en honor del Santo, que poco a poco empezó a competir con otras del mismo tipo del calendario festivo litúrgico. Un punto importante de la historia de la devoción de San Antón en Jaén es cuando el Gremio de Albardoneros, la mayoría vecinos del barrio de San Ildefonso, crean una modesta hermandad bajo su patrocinio y en cuyo honor el día 17 de enero (que luego pasaría al 16) encienden una descomunal hoguera en la plaza del mercado. A esta hermandad le sigue el barrio de la Magdalena, que crea otra hermandad, la cual designa a unos comisarios que de su bolsillo sufragan la fiesta, y así un periódico local escribe en 1884 sobre la fiesta (hecho que ocupa a nivel general, incluso hoy, la primera página del periódico local “Jaén”):

“El día 17 de enero se celebró en la iglesia de Santa María Magdalena la fiesta que dedicaban a San Antonio Abad sus comisarios, con exposición del Santísimo Sacramento. Predicó el venerable párroco de dicha iglesia sobre las virtudes y vida anacoreta del santo [...] El templo se hallaba adornado con colgaduras de damasco e iluminado con profusión y fue anunciada dicha con grandes repiques de campana y algunos voladores. La concurrencia ha sido extraordinaria”.

De esta manera podemos observar que la fiesta en honor a San Antón tiene, desde el siglo XIX, una doble vertiente: por un lado, las hogueras que se realizaban la noche del día 16 de enero, con un claro matiz festivo y popular, y, por otro, las honras que se celebran el día 17, con una diferenciación basada en lo puramente religioso, incluso de carácter oficial. El paso de los años hizo que la fiesta religiosa perdiera importancia (lo que en ningún caso quiere decir que desapareciera), mientras que ganaban las lumbres del día anterior, y hay que hacer notar, además, la importancia y popularidad de la Semana Santa, como “verdadera” fiesta socio-religiosa, y la *fagotización* por parte de ésta del resto de las fiestas. Durante todo el siglo XIX y gran parte de la primera mitad del XX cada barrio, incluso en algunos casos cada calle, realizaba su hoguera, pugnando entre ellos para ver cuál la hacía más grande. De esta manera, y ya que el ramón procedente del olivo no llegaba para todos, las hogueras se empezaron a realizar con enseres viejos y madera que se obtenía de forma expresa para el momento. Este afán de competición trajo consigo la aparición de pandillas de adolescentes, que días antes de la quema recorrían la ciudad en busca de todo tipo de materiales que sirvieran para alimentar las hogueras, arrasando con todo lo que encontraban, gritando por toda la ciudad:

“Queremos esterajitos, queremos esterajitos, queremos esterajitos pa’ la lumbre de San Antón”.

Estas pandillas llegaban a ser, en muchos casos muy numerosas y francamente amenazantes, y, por ejemplo, era fácil oírles decir:

“Somos del Recinto y no lo negamos y a la Alcantarilla un palizón le damos”.

El conflicto era, pues, absolutamente normal, tanto como la violencia física entre las diferentes pandillas, lo que también esconde un tema que, con la aparición de las Asociaciones de Vecinos, se ha visto reproducido y que estructura la *territorialidad* de los espacios en la ciudad, donde lo común y lo sentido como propio se superponen, lo que es fuente de conflictos constantes. Así, llegada la noche del 16, las lumbres ardían por todo Jaén, conocidas popularmente como “llamaretas”; corría el vino, las rosotas (palominas de maíz) y la calabaza asada, todo lo cual se encontraba en torno a todas las lumbres. Sin ser determinante es en este tipo de elementos donde podemos encontrar algunas reminiscencias (materiales, que no de significado) del mundo islámico, que acostumbraban a acompañar sus fiestas con calabazas asadas, garbanzos y cacahuetes tostados, junto con algunas golosinas conocidas como *cuña*. Al calor del fuego surgían las letrillas pícaras e ingeniosas de los típicos melenchones y de las que hemos dado cuenta con anterioridad. Como en muchas otras fiestas de carácter popular, la de San Antón tenía una condición de iniciación en lo sexual, de hecho, el fuego era propiciatorio para darse múltiples condiciones que desembocaran en las relaciones de pareja. De esta manera se describe en un periódico de 1918 la fiesta:

“Es tradición en nuestro pueblo festejar la víspera de San Antonio Abad, haciendo grandes hogueras en los sitios más céntricos de la población y que las muchachas del pueblo, próximas a aquéllas, jueguen a la rueda, no sin haber antes citado a sus respectivos prometidos para un ratico de charla [...] Unos y otras se obsequian también esa noche con la clásica calabaza y batata, que ya de antemano han

vendido los hortelanos a buen precio y el hornero por asarla, asa también al parroquiano. A la fiesta hay que darle lo suyo. Dígalo si no la animación pública de anoche. En cada plazuela una lumbre [...] Ésta es la fiesta de San Antón en Jaén, de la cual contará cada uno según le fue en ella”.

Palabras parecidas podemos encontrar entre un cronista de la ciudad a mediados de este siglo:

“Nosotros andamos aquella tarde nerviosos. Ya, al ir al colegio, había visto en algunas plazas grandes montones de ramas de olivo, de esteras viejas. Estas esteras que los muchachos iban recogiendo por las casas, preguntando a grandes voces: ¿Hay un esterajito para la lumbre de San Antón...? Y cuando la respuesta era negativa, daban un gran portazo, dejando caer estrepitosamente el llamador de la puerta y se alejaban chillando, riendo, gritando otra vez: ¿Hay un esterajito...? Todos los esterajitos y los demás combustibles estaban dispuestos en un montón en algunas lumbres; en su cima había muñecos o adornos que las hacían más atractivos. Ya sabíamos cuáles eran las hogueras más importantes por ser barrios de labradores los sitios donde se levantaban, como en la Magdalena, en el Recinto, el de San Ildefonso...; además, en estos días llevaban a los hornos, para asarlas, grandes y doradas calabazas de sabor azucarado y en torno a las hogueras se jugaba al melenchón en grandes corros, se saltaba, se bailaba; los hombres iban a beber de cuando en cuando sin intervalos grandes. Y solía haber fiesta, asimismo, en las casas de las cercanías”.

IV.-

Hasta ahora he mostrado cómo durante la transición del siglo XVIII, donde la sociedad civil estaba abocada a lo religioso, al XIX se empieza a conformar una realidad en la ciudad de Jaén que es nueva, la sociedad civil empieza a tomar las fiestas como suyas, no para apropiarse de la parte religiosa, convirtiéndola en un sincretismo popular de la creencia, sino para formular con más fuerza la parte que ellos habían “ideado” (las lumbres del día 16). Pero si en la transición hacia lo contemporáneo lo religioso se hacía popular, es obvio que lo popular se estaba convirtiendo hacia lo civil, y mientras que con lo religioso no existía pugna por ser lo predominante, lo oficial y lo preestablecido, ocupando espacios diferentes, cuando aparece el dominio de lo civil éste entra en choque directo con los poderes municipales, que son los que se encuentran legitimados para establecer el control de la sociedad civil. Desde mediados del presente siglo los poderes municipales han ido reconvirtiendo el espacio de la fiesta, con el fin de acotarla, controlarla y, en última instancia, con la finalidad de ser ellos los promotores. Más cuando observamos que la fiesta se despojó de los elementos religiosos que tenía y que, consecuentemente, podía hacer de la municipalidad el único protagonista, ya que no se encontraba en disputa con la Iglesia. Hay que hacer notar a este respecto que la fiesta de las lumbres de San Antón no pasó por un proceso de laicismo desde una posición inicial de sentido religioso, sino, por el contrario, el proceso fue de delimitación de los diferentes espacios, la parte más religiosa se realiza el día 17 y las lumbres, el 16, lo que no significa que ambas estén simbólicamente relacionadas y que, aún más, las lumbres puedan ser también entendidas como espacios sagrados, concentradores de ciertos elementos mágico-religioso.

En los años 80 la aparición de las Asociaciones de Vecinos hicieron que se incorporara un nuevo actor a disputar el control de la fiesta. Estas asociaciones representaban un nuevo tipo de poder que devolvía, en cierta medida, un espacio que se había perdido frente a los municipios. Pero las Asociaciones de Vecinos pugnaban, y de hecho aún lo hacen, por definir dos territorios que estaban sobreentendidos: por un lado, que la ciudad no es sólo un espacio contextual, donde se sitúan las casas y los edificios que contienen el equipamiento de los servicios, incluso aquello que compone el sector secundario, delimitados por una planimetría de calles, avenidas y plazas, sino que es, ante todo, un espacio textual, donde tiene lugar la convivencia y la particular interacción de sus moradores. Así, pues, las Asociaciones de Vecinos plantean que son ellos, los vecinos, quienes le dan “identidad” a la ciudad y no las normas urbanísticas y la reglamentación municipal. Por otro lado, las nuevas Asociaciones compiten con los municipios, desde lo no-gubernamental, en establecer la oferta cultural de sus vecinos. Y es aquí donde el conflicto es más patente. Nadie puede negar que “el barrio” es una reminiscencia, el recuerdo de otros mundos, donde la conformación de las ciudades, y Jaén es un ejemplo como cualquier otro, se ha hecho en función de la suma de múltiples identidades de origen (el emigrante siempre viaja con una maleta de identidades “encontradas” y aprehendidas), pero no es menos obvio que el barrio es también una unidad de decisión político-social donde confluyen identidades y metasímbolos de la ciudad civil: la policía, la seguridad, el servicio de limpieza, las primeras compras, el espacio de ocio, el encuentro de personas, la parroquia, el colegio, etc. se dan en el barrio como conector primero de las realidades enfrentadas del *continuum* entre la familia y la ciudad, los extremos más alejados del núcleo conceptual de lo considerado como propio, conformador del nosotros.

Como señala la investigadora María Isabel Cabrera, el control del espacio, de las entidades municipales frente al criterio civil, en la ciudad de Jaén ha sido moneda corriente desde el siglo XVIII, más cuando se entraba en pugna por mecanizar las fiestas en función de necesidades y de imposiciones. Pero con el desarrollo de un control municipal contemporáneo, el intento ha sido en todo momento decidir dónde, lo que condiciona el cómo, se había de hacer la fiesta, incluso hoy en día, que son las diferentes Asociaciones de Vecinos quienes las realizan, se ha de tener permiso del Ayuntamiento de Jaén. No menos estratégica ha sido la apuesta por oficializar la tradicional pugna por ver quién hacía la mejor hoguera, dándose un premio por parte del organismo municipal a la mejor pira, con lo que se ha conseguido controlar la rivalidad en función de los intereses del propio Ayuntamiento. A la vez que se conseguía que la competición se convierta, año tras año, en un conflicto donde lo civil tiene constantes visos de violencia. Así ocurrió en el año 1995, donde dos asociaciones, la San Pedro Pascual y La Gloria, se disputan el espacio, se denuncian mutuamente y se acusan de apropiarse y “contaminar” el espacio urbano común. No es algo fortuito, se repite constantemente, y el Ayuntamiento, una vez más, aparece mediando entre ambas y decidiendo cuál tiene y cuál no la razón.

Es obvio que la fiesta de las lumbres de San Antón es hoy en día un híbrido cultural que responde a una cultura de masas de carácter puramente occidental, subyace el argumento de que tiene una fuerte raigambre popular, pero su contenido es parte de la oferta cultural de la ciudad. Y es en este sentido donde más pugnan las Asociaciones de Vecinos, utilizando la fiesta como catalizador cultural de una identidad, quizás perdida y con claros referentes a un mundo rural hoy descompuesto, y el Ayuntamiento, que diseña la oferta cultural en función de intereses

políticos, y que está dispuesto a utilizar la fiesta como la *arena* donde proyectar el conflicto, en la medida en que al ser el normalizador del espacio tiene siempre las de ganar.

Mientras que las Asociaciones de Vecinos hacen un híbrido de la fiesta, incorporando elementos que tienden al estereotipo, como es la venta por su parte de las rosetas, la calabaza y el vino (con lo que se consigue, entre otras cosas, recaudar fondos y competir de otra manera con el resto de las Asociaciones), a la vez que sustituyen los melenchones por agrupaciones folklóricas, en vez de los bailes espontáneos de los vecinos, el Ayuntamiento lucha por el control del espacio urbano y la oferta cultural, incorporando manifestaciones de ocio paralelas, como es la Carrera Urbana de San Antón, que, aunque en el año 1996 se hizo al día siguiente (el 17 de enero), las protestas han sido muchas y de diferentes miembros de la comunidad, no sólo de los deportistas o los convecinos de Jaén.

En conclusión, la sociedad post-tradicional podría servir como elemento conceptual que, con bastante claridad, definiría los procesos sociales que se dan hoy en día en la ciudad de Jaén, donde la pugna por los espacios de poder ha incorporado a nuevos actores, que junto con los tradicionales, no dudan en aprovechar cualquier tipo de mecanismo que incline hacia ellos la balanza. Los antropólogos quizás no hemos dado demasiado importancia a estas nuevas imágenes, en muchos casos manipuladas desde el poder, que revelan espacios de conflicto, donde con bastante claridad afloran, no sólo los intereses que tras sí mantienen ciertas instituciones, públicas y privadas, sino los nuevos esquemas de la cultura contemporánea, donde mucho de lo cultural es parte de ambivalencias, de lo instrumental de ciertos conceptos, de la búsqueda de lo aséptico, de la normalización de los ciudadanos y de la pérdida de la utopía tradicional. Nuevos retos, nuevos espacios, distintos Otros, que nos han de hacer pensar. Quizá nuestro “nuevo” objeto de estudio, la última oportunidad de la antropología, no sea otro que interpretar las relaciones de poder en el mundo global contemporáneo.

BIBLIOGRAFÍA

- BUENDÍA LÓPEZ, José Luis. 1987 “San Antón y la fiesta del fuego”, en *Crónica de la Cena Jocosa*. Jaén (Disponible en el Instituto de Estudios Giennenses).
- CABRERA GARCÍA, María Isabel. 1991 “Las fiestas en la ciudad de Jaén a lo largo de los Siglos XVIII y XIX. Su desarrollo y consecuencias urbanas”, en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 143: 83-109. Jaén.
- CHECA, Francisco. 1996 “El trovo alpujarreño. De lo lírico a lo satírico”, en *Gazeta de Antropología*, 12: 65-74. Granada.
- CORNELIUS, Wayne A. 1974 “Urbanización y demandas políticas. Participación política entre migrantes pobres en las ciudades latinoamericanas”, en UNIKEL, L.; NECOCHEA, A. (Edits). *Desarrollo urbano y regional en América Latina*: 567-593. México: FCE.
- DELGADO, Manuel. 1992 *La festa en Catalunya, avui*. Barcelona: Barcanova.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. 1995 *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo.
- HOYOS, Nieves de. 1957 *la fiesta de San Antón*. Madrid: Publicaciones Españolas. (Colección Temas Españoles, 299).

- MIER, Raymundo. 1996 "Tiempos rituales y experiencia estética", en GEIST, I. (Comp.). *Procesos de escenificación y contextos rituales*: 83-110. México: Plaza y Valdés, Universidad Iberoamericana.
- MORENO, Isidoro. 1993 *Andalucía: Identidad y Cultura. Estudios de Antropología Andaluza*. Málaga: Agora.
- MORRIS, David; HESS, Karl. 1978. *El poder del vecindario. El nuevo localismo*. Barcelona: Gustavo Gili.
- NIVÓN, Eduardo. 1990 "Urbanización, marginalidad y cultura política", en *Alteridades. Anuario de Antropología*: 17-41. México: UAM.
- VV AA. 1991 *Públicos de arte y política cultural*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.